



# SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 37.

JUEVES 20 DE NOVIEMBRE DE 1862.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LA FILOSOFÍA POPULAR, por Victor Cousin.—(Conclusion).  
SOR MARTA MARIA: historia holandesa: (Conclusion).—  
EDMUNDO Y SU PRIMA: (Continuacion).—LA RENDICION DE  
MALAGA.—LOS COCHES DE LOS BIRMANES.—EL ARROYUE-  
LO Y LA FUENTE, poesia por Miguel Gasque Llopis.—EL  
CIERVO: (Conclusion).—LA LEVA: poesia por Eduardo  
Bustillo.—CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES: el ácido azoico  
del comercio.—BIBLIOGRAFÍA.

## LA FILOSOFIA POPULAR.

(CONCLUSION.)

Dios es una inteligencia que nos oye, una justicia que nos juzga, no corazon que nos ama, habiéndonos dado un alma que se siente hecha para la inmortalidad, y que la reclama con todas las fuerzas de sus mas íntimos sentimientos. El hombre conoce que su alma le viene de Dios, dándole con efusion por haberle dado con ella algo de divino, y en esta gracia primera funda la esperanza de que no le habrá sido acordada en vano y sin un fin digno de su autor, prometiéndose así que despues del cultivo imperfecto de este mundo, las facultades que ha recibido encontrarán mas tarde el desarrollo que les falta, y que su misma naturaleza encierra y reclama.

Tales son las verdades fundamentales que la metafísica establece mediante procedimientos que hemos suprimido, inaccesibles para la muchedumbre, porque exigen mucho tiempo y estudio para ser comprendidos. Pero esta alta metafísica, que va aclarándose y engrandeciéndose sin cesar por los esfuerzos de algunos sabios esparcidos al través de los siglos, tiene su origen y su mas firme fundamento en la metafísica natural, que descansa á su vez en la conciencia de cada uno de nosotros.

¿Qué hombre, en efecto, á sabiendas ó no, no posee todas las verdades que acabamos de recordar? Si quereis convencerlos de ello, tomad al mas pobre de espíritu con tal de que esté dotado de un entendimiento sano, y que las preocupaciones del vicio y del crimen no hayan corrompido ó apagado su luz natural;

miradle obrar, escuchad cuando habla, recoged fielmente los juicios intuitivos que salen á cada momento de su boca, y que se manifiestan en sus actos.

Así, pues, si cree en su libertad, si se arrepiente muchas veces de haber hecho tal ó cual cosa, ó si se acusa á menudo de haber obrado de tal ó tal manera, es porque cree que tanto él como los demás, disfrutan de su libertad... Ved ahí por qué tan pronto les alaba como les vitupera, porque cree que han obrado bien ó mal, debiendo obrar bien, y que hay alguna cosa que está mal, y alguna otra que esta bien, que tal accion es justa y tal otra injusta. Si os queda la menor duda con respecto á esto, haced la prueba siguiente: poned delante del hombre de que hablamos, á un hombre vigoroso buscando riñas á otro mas débil, maltratándolo é insultándolo, y al instante vereis estallar la indignacion en sus ojos, maldiciendo al opresor, y abrazando el partido de la víctima, y hasta con perjuicio propio alguna vez, sin reflexion ni calculo, por un atolondramiento generoso, tomará por su cuenta la causa del injuriado, y se arrojará en la lucha, esponiéndose á ser maltratado y á padecer por ello. Padece, pero protesta, y como Caton, opone la justicia á la fuerza, y no dobla la rodilla delante de la iniquidad triunfante. Cambiemos la escena: vedle en presencia de la joven que ama, la mira y es feliz. No reflexiona en qué consiste la belleza; la ve, la siente y se conmueve.

Presentadle un miserable sediento, hambriento y desfallecido, reclamando hasta con amenazas, como si tuviese derecho para ello, los socorros que ha menester: nuestro hombre se indigna y le rechaza; pero si le piden esa limosna con amabilidad, la hará si puede, sintiendo amargamente cuando no puede hacerla, pues en el fondo de su corazon, sabe que la caridad libre es muchas veces un deber tan sagrado como la justicia. No ha leído el *Fedon*, ni las *Meditaciones*, ni la *Teodisea*; pero á la vista del sol que se levanta y se pone, delante

del mar inmenso y de la estrellada bóveda del cielo que brilla sobre su cabeza, suspira y se embriaga. Discípulo de Sócrates, ese industrioso descubridor de las inteligencias que se ignoran, ese filósofo concienzudo y bueno, interrogad á ese hombre, evitando las palabras de escuela, y aun sin interrogarle sabed comprenderle, desgarrad el velo que le oculta hasta lo que pasa dentro de sí mismo, y presenciareis una escena grande y patética.

Pensamientos confusos y sublimes, que le es imposible separar ni espresar, atraviesan y agitan su inteligencia errante al través de lo infinito, hallándose sumergido en los abismos donde se sepulta y se pierden á menudo las meditaciones de los sabios. No dice una sola palabra, y no obstante se confiesa é invoca á Dios, orando con sus lágrimas. Este es el himno primitivo y eterno que se eleva naturalmente del fondo del alma, y que todas las religiones como todas las filosofías recogen y desarrollan.

Quereis un espectáculo tan verdadero como este y mas grande todavía, conducid á ese mismo lugar á ese hombre experimentado por la adversidad, entregado á un profundo disgusto, sintiendo que su espíritu se abate y desfallecen sus fuerzas, y vereis cómo su mirada, que se dirige al cielo, presenta un carácter particular. Desesperando de todo apoyo en este mundo, su dolor silencioso parece buscar allá arriba el socorro que le falta, sintiendo subir de su corazon á sus labios estas sencillas y santas palabras. ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

De este modo hay pues, una filosofía natural hija del corazon y de la inteligencia del hombre, y al presentarle fielmente esa filosofía espresada en un lenguaje sencillo y verdadero que haga decir al que lo oye—«eso mismo pensaba yo»—es restituir al hombre lo que se le ha tomado.

Esta filosofía contiene tantas partes como la filosofía científica; tambien tiene su psicología, su moral, su teodicea, y se puede muy bien



enseñar esto á todo el mundo, separando los términos científicos, sin suprimir ninguna verdad esencial.

Pongamos al alcance de todos los hombres los puros manantiales de la verdadera y buena ciencia, ó mas bien hagamos que se desprendan de ellos por sí mismos, puesto que residen en su seno. Tengamos un poco de confianza en el sentido comun; atrevámonos á seguirlo hasta donde nos lleve, porque dirigido conduce mas lejos y á mas elevacion de lo que se cree.

Maestros del pueblo, á pesar de vuestros métodos, siempre os sera imposible el estender, enriquecer y adornar el espíritu del pueblo, y por eso no debeis anhelar mas que á elevar sus corazones.

Pero no alcanzareis ese resultado, siguiendo los consejos de una pedagogia pusilánime, dando á hombres, que al cabo y al fin son vuestros semejantes, una instruccion subalterna, como si fuese sobrado buena para ellos, algunos preceptos de moral usual donde se evita cuidadosamente hasta la sombra de toda doctrina. Lejos de eso, dad al pueblo una instruccion limitada, pero sólida, generosa y fuerte. Abridle vastos horizontes donde pueda dilatarse su alma oprimida ordinariamente por estrechas y duras necesidades. Habladle de los grandes objetos de que os ocupais vosotros mismos; habladle del verdadero fin de la vida, de la belleza, del destino humano, de la eterna justicia y la inagotable bondad que ha creado y gobierna el mundo, que ha hecho al hombre y que á su muerte lo recogerá. Pero hablándole del alma y de Dios, guardaos bien de emplear el estilo de la filantropía á la moda, que queriendo ser sencillo no es mas que ridículo, alambicado, afectado y necio, y que no logra mas que estropear y afeminar la verdad, y cuando la verdad se presenta así no puede llamarse ni considerarse como tal.

Es de advertir, que estos escritos pueriles, tan ponderados por cierta clase de personas, no han tenido éxito ninguno popular. ¿Cuáles son los libros que han tenido mas aceptación en el mundo? Los que contienen las verdades mas elevadas y santas en un estilo natural y sublime; y aun hablando literariamente, no se puede menos de reconocer en la multitud un gusto natural hácia la belleza de la forma, que le hace amar y aplaudir con entusiasmo las grandes cosas, bien y grandemente expresadas. Tratemos al pueblo como una criatura razonable, si queremos cultivar y fortificar su razon; respetémosle para enseñarle á que se respete á sí mismo: elevémosle á sus propios ojos, sin temer el hablarle un lenguaje sencillo, verdadero, claro y serio. Nunca es la profundidad de una idea lo que la hace inaccesible, sino la forma con que se la reviste. Prescindamos de todas las lenguas particulares de los sistemas y de las escuelas, y hablemos al pueblo la lengua universal y pura de la razon y del sentimiento, presentándole en ella los pensamientos mas elevados y grandes; pues esos son precisamente los que se tienen menester en todos tiempos, y con particularidad en el nuestro.

VICTOR COUSIN.

#### SOR MARTA MARÍA.

HISTORIA HOLANDESA.

(CONCLUSION).

Guillermo no intentó detenerla, y permaneció con la cabeza apoyada en la reja, en tanto que gruesas lágrimas le caian á lo largo de las mejillas: la campana que resonaba aun le parecia que doblaba por Cristina; ¿cuánto tiempo permaneció sumergido en sus reflexiones. El mismo no lo supo. Por fin llegó un momento en que oyó una voz que le hablaba; era la superiora que, envuelta en sus negros velos, acababa de sentarse por el otro lado de la reja.

—Había previsto vuestro dolor, —le dijo;— nuestra hermana Marta María no quiere seguir.

Guillermó clavó en la religiosa una mirada desolada.

—¡Cristina á quien tanto amo, me ha vuelto á ver sin alegría, abandonándome despues!

—Escuchadme, hijo mio, —repuso la superiora.—Hace cinco años me trajeron aquí una jóven desesperada que creyó entrar en el sepulcro al pisar los umbrales de este convento. Durante un año entero, nadie miró su rostro sin verle anegado en llanto: solo Dios sabe el número de lágrimas que los ojos deben verter antes de que un corazon doliente se calme y se resigne, los hombres no podrian contarlas. Esta jóven padeció muchísimo; en vano rogá-bamos á Dios por ella, en vano llamamos á su familia para que viniera en su socorro: ¿qué otra cosa podíamos hacer mas que rezar, cuando todos en este mundo la olvidaban?

—¡Ay! —esclamó Guillermo, — vuestras cartas no nos llegaron. Mi hermano habia traspasado los mares, y yo, no teniendo entonces ninguna esperanza de poder cambiar las decisiones de Carlos, abandoné su casa, triste y vacía despues de su partida.

—Los hombres la abandonaron, —repuso la superiora; — pero Dios la tuvo en su misericordia, y consoló su alma. Si el Señor no quiere devolverla hoy sus fuerzas agotadas por el dolor... ¡cúmplase su voluntad! Acaso seria prudente y generoso dejarle ahora el amor de Dios que le vino despues de tantas lágrimas; acaso debería evitársela nuevos sacudimientos...

—No, no; —esclamó Guillermo, —no puedo dar á Dios en paciencia el último resto de mi familia, el apoyo de mi vejez; quiero tentarlo todo para ver si su corazon recobra sus primeros sentimientos. Devolvedme á Cristina por unos dias... todas mis súplicas no servirían de nada; pero á una palabra vuestra obedecerá. Decidla que venga algunos instantes á casa de su padre, y si hecha esta prueba, persiste en su resolucion, entonces os la vendré á traer.

—Llévao-la, hijo mio, —respondió la superiora.—Voy á decirla que se disponga á ello. Si Dios ha hablado de veras á su alma, todas las voces de este mundo no podrán penetrar en sus oídos, si no ha sido así, enhorabuena, no venga mas al claustro, y bendita sea por donde quiera que vaya. ¡Adios! la paz del Señor sea con vos, hijo mio.

Y la superiora se alejó.

Guillermo sintió en su corazon un poco de esperanza, pareciéndole que una vez que Cristina se hallase fuera de aquel claustro, volvería á hallar su antigua naturaleza, su juventud y su amor; creyó firmemente que iba á á llevarse para siempre á Cristina lejos de aquellos muros. Agitado de una impaciencia dolorosa, esperó á que llegara; bien luego se oyó un paso ligero en el corredor junto al locutorio; Guillermo se precipitó á la puerta, y se encontró con su sobrina, esta vez sin ninguna reja que los separase.

—Adorada Cristina, —esclamó Guillermo, — ¡con que al cabo puedo abrirte mis brazos y estrecharte sobre mi corazon! Ven, ven, vamos á volver á nuestra casa donde todos hemos vivido juntos.

Sor Marta María estaba mas pálida aun que en su primera entrevista con Guillermo; si hubiera sido posible descubrir una espresion cualquiera en aquel sosegado rostro, acaso se habría visto un poco de tristeza. La novicia se dejó llevar de la mano hasta las puertas del convento; pero cuando salió por ellas, el día, la luz, y el aire que la dió en el rostro, la hicieron estremecerse, y se apoyó contra la pared exterior.

El sol, desgarrando en aquel instante las nubes, lanzaba sus luminosos rayos sobre la llanura y la montaña; la atmósfera estaba muy despejada, y el horizonte parecia resplandeciente de hermosura.

—¡Mira, mira, hija!... —dijo Guillermo á Cristina que permanecía inmóvil sumergida en la contemplacion, — ¡mira qué hermosa está la tierra! ¡qué aire tan suave! ¡qué bueno es estar libre y disfrutar de todo!

—¡Qué bello está el cielo! —respondió la novicia.— ¡Mirad cómo brilla el sol por encima de nuestras cabezas! En el cielo hay que admirar sus rayos, no en la tierra, adonde llegan ya macilentos y descoloridos.

Guillermo llevó á Cristina al carruaje que les esperaba, se sentó á su lado, y los caballos echaron á andar. Los ojos de la novicia permanecieron fijos largo tiempo en las paredes del convento, y luego cuando este se perdió de vista en la primera sinuosidad del camino, los cerró pareciendo dormirse. Mientras duró el viaje, Guillermo trató en vano de hacerla hablar; Cristina pensaba, pero ya no sabia decir sus pensamientos; el responder la costaba un gran trabajo; toda su vida se hallaba refugida en lo mas recóndito de su alma, y rodeada de misterio y de silencio, nada le quedaba que decir al mundo exterior: solo, algunas veces murmuraba:

—¡Que día tan largo es hoy! ¡No sé que hora es, no he oído siquiera una campana!

Pálida, silenciosa é inmóvil, hizo el viaje al lado de Guillermo, obedeciéndole maquinalmente, pero como si hubiera tenido una venda en los ojos, no vió la tristeza del anciano, ni el camino por donde pasaba: por último, llegaron á la casita de los ladrillos encarnados: el coche entró en el patio, lleno de yerba ya: Gothón se acercó á la jóven diciendo:

—Bienvenida seas, señorita.

Marta María, apoyada en el brazo de su tío, entró en aquel salon donde la familia de monsieur Van Amberg se habia visto tantas veces reunida. El aposento estaba desierto y frio; vacío de sus últimos moradores, estaba esperando los nuevos. Diríase que los lugares todos tienen una vida que conservan ó abandonan á medida que se viene á ellos, ó que se les deja. Cristina atravesó lentamente la sala, yéndose á sentar en la silla que se habia quedado junto á la ventana que daba á la pradera: allí su madre habia vivido veinte años, allí habia pasado su infancia al lado de Anunciacion.

Guillermo abrió la ventana, le mostró la pradera, y mas lejos los sauces del río. Cristina miró silenciosamente, con la cabeza apoyada en una mano y fijos sus ojos en el horizonte. Guillermo permaneció largo tiempo á su lado, luego puso su mano en el hombro de Cristina, y la llamó en voz baja; la jóven se levantó: la dijo que le siguiera, y así lo hizo: subieron la escalera de madera, atravesaron el corredor y Guillermo abrió una puerta diciendo:

—¡El cuarto de tu madre!

La novicia dió algunos pasos, y deteniéndose luego en medio de la pieza, cruzó las manos y se puso á orar, vertiendo al mismo tiempo algunas lágrimas.

—Hija mia, —le dijo Guillermo, — tu madre deseó ardientemente tu felicidad.

—¡Y la ha obtenido! —respondió la novicia.

El anciano se sintió sobrecogido de un frio mortal; parecíale estrechar contra su corazon una muerta, á quien su cariño no podia transmitir ni aliento ni calor.

Marta María se fué á la cama de Anunciacion, se prosternó, y aplicando sus labios al almohadon que sostuvo la moribunda cabeza de su madre, murmuró:

—¡Madre mia! ¡madre mia! ¡luego nos volveremos á ver!

Guillermo se estremeció, se llevó á Cristina y la hizo entrar en un cuartito de arriba. La cama colgada de blanco estaba allí todavía; la guitarra se hallaba en su lugar, y los libros de Cristina existian aun en su pequeño estante de madera pintada. La ventana estaba abierta, pudiéndose ver por ella los sauces y el río, pero Marta María no paró su atención en nada de esto: al ver el Crucifijo de madera que seguia aun colgado en la pared, Cristina se dirigió hácia él rápidamente, se arrodilló, casi besando el suelo, apoyó su cabeza sobre los pies del Cristo, cerró los ojos y respiró como sintiéndose aliviada de un gran cansancio: no quiso mirar nada; ni aquella morada de sus primeros años, ni el jardín que habia recorrido tantas veces, ni aquel río testigo de sus amores;



permaneció con la cabeza apoyada en los pies del Cristo, como un desterrado que vuelve á hallar su patria, como un marinero de regreso al puerto.

En pie delante de ella, Guillermo con los ojos empapados en lágrimas la estaba considerando en silencio. Gothón, retirada en un ángulo del cuarto, enjugaba sus ojos con el revés de su delantal. Muchas horas se pasaron así. El reloj de la casa paterna dió las horas; gorgearon los pájaros del jardín; el viento murmuró entre las hojas de los árboles; oyéronse las tórtolas en el palomar, y el gallo cantó en el corral; pero todos estos rumores que formaban parte del sitio que la vió nacer, no pudieron distraer á Marta María de su recogimiento. Guillermo, con el corazón traspasado de dolor, se alejó bajando al salón, donde permaneció largo tiempo con la cabeza baja, sumergido en las meditaciones mas sombrías, pensando en los objetos de su cariño perdidos para siempre, y en aquellos que, estando á su lado, se hallaban en realidad mucho mas ausentes todavía. De repente se oyeron pasos precipitados; un instante despues un jóven entró y se arrojó en los brazos de Guillermo.

—¡Oh, Herbert! —le dijo el anciano, —os esperaba.

—¡Cristina! ¡Cristina! —esclamó Herbert. —¿Dónde está Cristina? ¡Con que no es un sueño! Mr. Van Amberg me da á su hija.... ¡Vuelvo á ver mi país y mi Cristina!...

—Carlos Van Amberg os la da, pero Dios os la niega, —respondió Guillermo tristemente.

Entonces Guillermo contó á Herbert lo que habia pasado en el convento y en la casa encarnada, dándole mil pormenores y repitiéndolo mil veces sin poder lograr que el jóven comprendiera la terrible verdad.

—Eso no es posible, —decía el estudiante con energía. —Si Cristina vive aun, si Cristina está aquí, á la primera palabra que yo pronuncie, Cristina me responderá.

—¡Dios lo quiera! —esclamó Guillermo; —es la única esperanza que me queda. Venid, venid, vamos á verla.

Herbert subió con precipitación la escalerilla de madera; su corazón rebosando de amor no podía albergar sérios temores. Cristina era libre para él como si fuese su mujer. De este modo se lanzó en su cuarto abriendo bruscamente la puerta; pero el jóven se quedó inmóvil en el umbral como herido de un rayo. Estaba para caer la tarde, y los últimos fulgores del sol alumbraban á Marta María, que se destacaba como una blanca sombra en medio de la oscuridad que invadía lo demás del aposento: hallábase de rodillas con la cabeza apoyada en los pies del Cristo, y todas las formas de su cuerpo perdidas entre los pliegues de su ropaje de novicia.

Herbert la miró largo tiempo, y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos: Guillermo tomó la mano del jóven, y la estrechó en silencio.

—¡Oh! —murmuró Herbert, —tengo miedo: esa no es mi Cristina... es una sombra salida de la tierra, ó un ángel que ha bajado del cielo para ocupar su puesto.

—No, esa no es Cristina, —repitió Guillermo tristemente.

Al cabo de algunos minutos de una dolorosa contemplación, Herbert exclamó:

—¡Cristina! ¡Cristina mia!...

La novicia se estremeció al sonido de aquella voz, y alzándose de pronto respondió:

—¡Herbert!

Como en otros tiempos, á la voz de su amigo que decía: —¡Cristina! Marta María habia respondido: —¡Herbert!

El corazón del jóven palpitó fuertemente, y lanzándose á la novicia, la tomó las manos, y exclamó arrodillándose á sus pies:

—¡Soy yo, Herbert!

Cristina fijó en el jóven sus grandes ojos negros, le miró largo tiempo, y su frente se sonrojó algun tanto; pero al cabo de un instante volvió á recobrar su palidez, y dijo pausadamente á Herbert:

—No pensé volveros á ver en este mundo.

—Cristina mia, mucho hemos padecido y llorado, pero al fin vamos á ser dichosos: amiga mia, esposa mia, nunca mas nos separaremos.

Marta María, retirando sus manos de las de Herbert, se acercó de nuevo al Cristo.

—Voy á ser la esposa del Señor, —murmuró con acento trémulo: —ya me espera.

Herbert arrojó un grito de dolor.

—¡Oh Cristina! ¡adorada Cristina! ¡acuérdate de nuestros juramentos, nuestras promesas, nuestros amores, nuestras lágrimas y nuestras esperanzas! La última vez que nos vimos me juraste que me amarias siempre. Cristina, si no quieres verme morir de desesperación, acuérdate de lo pasado.

Marta María permaneció con los ojos fijos en el Cristo, alzando convulsivamente sus cruzadas manos hacia él.

—Señor, —murmuró, —hablad á su corazón como hablasteis al mio; mas fuerte que yo, Herbert podrá vivir, aun despues de haber llorado mucho... consoladle Señor...

—¡Cristina, mi primer amor! Cristina, tú, amada constantemente durante la ausencia, tú el único bien, la única esperanza de mi vida, ¿me abandonarás así? ¿Ese corazón que fue mio, le he perdido ya para siempre?

La novicia con los ojos vueltos hacia el Cristo y cruzando las manos, respondió pausadamente como si no pudiera dirigir la palabra mas que á Dios:

—Señor, padece como padecí; derramad en su corazón el bálsamo con que cicatrizasteis mis heridas, y al conservarle en este mundo, tomad su alma como tomasteis la mia: dadle esa paz inalterable, inmensa, que penetra las almas de los que vos amáis.

—¡Oh, Cristina! ¡adorada Cristina! —esclamó Herbert apoderándose de las manos de Marta María, —mírame, vuelve tus ojos hacia mí, compadecete de mis lágrimas! Amiga de mi corazón; me parece que estás soñando, despiértate... ¿no te acuerdas ya de nuestras citas...? ¿de los sauces que inclinaban sus ramas sobre las ondas?... ¿de mi barca en que vagamos una noche, hablando de la felicidad de vivir juntos?... Mira... mira... la luna brillaba en el horizonte lo mismo que brilla en este instante, la noche estaba tan hermosa como ahora; nos hallábamos uno al lado de otro, como estoy esta noche junto á tí; entonces nos separaron, pero ahora podemos unirnos para siempre... Cristina; ¿no me amas ya? ¿lo has olvidado todo?

Guillermo se acercó á la jóven y tomándola una mano la dijo:

—Hija querida; te suplicamos que no nos abandones; nuestra dicha depende de tí; quédate con nosotros, Cristina.

La novicia, con una mano entre las de Herbert, y otra en las de Guillermo, murmuró lentamente:

—El cuerpo que reposa en la tumba no levanta la losa para volver al mundo: el alma que ha visto el cielo no baja otra vez á la tierra. La criatura á quien Dios ha dicho: «Sé la esposa de Cristo» no abandona su divino esposo para unirse con un hombre... y aquella que va á morir no debe acordarse ya de los amores de la vida...

—Herbert, —esclamó Guillermo, —callad, callémonos, tengo miedo... apenas siento su pulso bajo mis dedos... me parece mas pálida todavía que cuando la ví por primera vez por detrás de la reja del convento... basta, Herbert, basta ya... mas vale dársele á Dios sobre la tierra que enviársela al cielo...

—Hija mia, —añadió Guillermo recostando sobre su hombro la cabeza casi inanimada de Marta María, hija mia, vuelve en tí, no cierras así los ojos.

Y el anciano estrechaba á la jóven sobre su corazón como una madre que abraza á su hija.

—Vuelve en tí, —repitió, —voy á llevarte á la casa de Dios.

Marta María fijó en su tío una triste y suave mirada; su mano apretó débilmente la del an-

ciano, y volviéndose hacia Herbert exclamó con un acento inteligible apenas:

—Herbert, vos que vivireis no le abandonéis nunca.

—Cristina, —esclamó Herbert arrodillándose ante la jóven, —¡con que vamos á separarnos para siempre!

La novicia levantando los ojos hacia el cielo, exclamó:

—¡Para siempre no!

—¡Silencio, Herbert! ¡silencio! —esclamó Guillermo. —Dejemos en paz á esa criatura; cúmplase la voluntad de Dios... y prosternémonos delante de ella. ¡Oh, mi querida Cristina! ¡mucho has padecido en los cortos años que cuentas de existencia! Diríase que Dios no habia querido que entrases en este mundo, que no te habia señalado aquí puesto ninguno, y que te llama hacia sí por no dejarte en él.... Cuando todos nosotros te abandonábamos, Dios, solo Dios, acudió en tu auxilio: su amor no se acaba jamás; Dios te conserve en su seno... y haga su misericordia que no te llame mas cerca de él aun... ¡Adios, Cristina; vuelve en paz á tu santa morada, y ruega por nosotros, hija mia!

—Algunos dias despues se abrian las puertas del convento para recibir á sor Marta María, y esta vez se cerraron eternamente para ella.

La novicia apenas podia sostenerse cuando atravesaba las galerías del claustro, para prosternarse en las gradas del altar. La superiora acudió á su lado en aquel momento supremo.

—¡Oh, madre mia! —esclamó Cristina, que habia vuelto á hallar en sus ojos un torrente de lágrimas, y lloraba como cuando era niña, —¡le he visto y le he dejado!...—Aquí estoy, Señor, aquí me teneis: fiel á mis promesas, espero la corona de esposa; solo vuestra voz herirá desde ahora mis oídos; vengo á cantar vuestras alabanzas, á orar y á servirlos hasta el último instante de mi vida... Madre mia, que preparen el hábito, la corona blanca, la cruz de plata que debe entregarme el sacerdote en nombre del Cristo; dispuesta estoy,

—Hija mia, —respondió la superiora; —estais mala, cansada, medio muerta con tantas emociones: ¿no seria mejor dejar la ceremonia de vuestra profesion para dentro de algunos dias?

—¡No, no, madre mia, ahora mismo... porque quiero morir esposa del Señor... y no hay que perder tiempo!...—respondió con apagada voz sor Marta María:

FIN.

## EDMUNDO Y SU PRIMA.

(CONTINUACION.)

La carta no tenia firma alguna y el rostro de Edmundo se puso encendido de indignación al leer estas palabras:

«Creeis que sois amado por vuestra prima Constanza y os engañais; hace largo tiempo que ha cesado de pensar en vos y ha dado su corazón á otro. Si dudais de lo que estais leyendo no teneis que hacer mas que acudir esta noche entre siete y ocho al boulevard Saint-Martin cerca del Chateau d'Eau, y allí vereis á vuestra infiel prima á vuestro dichoso rival. Adios. Vuestro amigo.»

¡Constanza ama á otro! exclamó Edmundo haciendo pedazos con cólera la carta entre sus manos. ¡Oh! es una miserable calumnia; el autor de esta carta es un villano! ¡Constanza que es un modelo de virtud; que me ha dado tantas pruebas de afecto, Constanza engañarme! porque seria un engaño para mí que debo ser su marido; pero esta carta es anónima y ninguna persona de buenas intenciones se sirve de tales medios, las personas que desean hacer un servicio no tienen necesidad de ocultar sus nombres.

Pero á pesar de todo esto, Edmundo estuvo agitado é inquieto. Las calumnias, por absurdas que sean, hallan siempre medio de turbar





Don Fernando el Católico.

nuestro reposo, y ¡extraño efecto de las pasiones y sobre todo del amor propio en el corazón de los hombres. ¡Edmundo, que pocos momentos antes miraba con frialdad y hasta temía su unión con su prima, que estando cierto de ser amado de ella, se había cuidado tan poco de pagarle su cariño, se hallaba ahora celoso hasta la desesperación y amaba con pasión á Constanza desde que se había imaginado que tenía relaciones de amor con otra. Se paseaba arriba y abajo por su cuarto, leía y releía la carta que antes había hecho pedazos y pisoteado; se repetía una y mil veces las razones que había para tratar con desprecio á esta carta, pero de tiempo en tiempo se decía á sí mismo: ¿qué motivo puede tener nadie para escribirme así? Constanza hace mucho tiempo que no me habla de nuestra unión, del amor que me profesa; es verdad que yo tampoco la hablo de nada de esto. En el día no poseo nada, ni propiedades ni porvenir; ella tal vez ha pensado en esto y se ha decidido á olvidarme. Pero ¡Constanza me era tan fiel! no, es imposible, esta cita esta noche cerca del Chateau d'Eau es una mentira odiosa! Sin embargo, el que me escribe me dice que puedo convencerme por mí mismo, pero sería una ofensa á su delicadeza, acudir á esa cita; no iré, es una burla, no iré.

Sin embargo, le parecía que el tiempo pasaba muy lentamente, miraba á cada momento á su reloj y creía que no llegaría jamás la hora mencionada en la carta. No comió porque no tenía apetito; no pensaba en nada pero á las siete de la noche se halló cerca del Chateau d'Eau aunque se repetía todavía á sí mismo que no iría á la cita. Un cuarto de hora pasó sin que Edmundo viera á nadie que se asemejara á su prima; su corazón se sentía mas ligero, su respiración era mas libre y se decía á sí mismo: ¿cómo hay persona alguna que dé crédito á una carta anónima? Las gentes que las escriben merecen generalmente todos los malos epítetos que aplican á los demás. Repentinamente vió á una mujer cuya figura le hizo acordarse de su prima; se detuvo y esperó sintiendo sobre su pecho un peso que le ahogaba. Era ya de noche; la figura se aproximaba; iba andando con paso incierto y mirando frecuentemente detrás como si temiera ser seguida ó observada, todo en fin parecía indicar que acudía á una cita. Edmundo sintió que le faltaba la respiración porque en la persona que pasaba á su lado á pesar del sombrero echado muy hacia adelante había reconocido ya á Constanza.

—¡Ella es! exclamó; ¡no me han engañado! pero no, mis ojos me han hecho creer lo que no es, quiero oír su voz! Corrió tras ella al decir esto y asiéndola por el brazo la hizo volver la cabeza.

Era en efecto Constanza; pálida, nerviosa y temblando de emoción al ver á su primo que no dudó ya de su infidelidad, dijo: ¡Edmundo! ¿sois vos? y se cubrió el rostro con su pañuelo.

—Si soy yo, la contestó con voz colérica, Edmundo, á quien habeis engañado, y al que ya no amais. Sed franca, por último, y decidme qué venís á hacer aquí sola en la oscuridad. ¿Callais? ¿no teneis ni una palabra que decir? ¿Es verdad, pues, Constanza, que habeis dado vuestro corazón á otro á quien esperábais encontrar aquí esta noche?

—No trataré de negarlo, dijo Constanza con una voz casi ahogada por la emoción. Sí, primo mio, sabeis la verdad, ya no os amo; hace largo tiempo que deseaba decíroslo, pero me ha faltado el valor, olvidadme, perdonadme. Adios, Edmundo, no volvamos á vernos mas.

Al pronunciar estas últimas palabras se se-



Rendicion de Málaga á don Fernando el Católico.



paró apresuradamente de él; era á tiempo en efecto porque la pobre joven no podía reprimir los sollozos que ahogaban su voz y si Edmundo no hubiese estado cegado por los celos, hubiera debido sorprenderse al ver cómo lloraba su prima. ¡Le habia dicho que no le amaba ya! no es así generalmente como las mujeres nos devuelven nuestra libertad; ellas lloran con los que aman, pero rien para decírselo á aquellos á quienes han cesado de amar.

Pero Edmundo no oyó ni entendió mas sino que su prima no lo amaba ya y que hacia largo tiempo que deseaba decírselo; esto le heria vivamente porque se habia creído seguro de su

amor y era la pérdida de este cariño sincero, de esta relacion de su infancia que se debilitaba y casi se extinguía, lo que le causaba ahora sentimiento. Nos dormimos con certeza de la dicha y temblamos en el insomnio bajo la influencia de la menor inquietud.

Asombrado por un golpe tan imprevisto, Edmundo quedó inmóvil, en donde estaba permaneciendo en el boulevard sin hacer el menor esfuerzo pa a detener á su prima.

—¿Por qué no la habré detenido? se decia; ¡me ha dicho que no nos volveremos á ver! Una multitud de pensamientos se agolpaba á su imaginación; en un momento recordó su con-

ducta pasada, su indiferencia, su frialdad, para con su prima; las repetidas dilaciones, los obstáculos que habia puesto á su union en el tiempo en que dependia solo de él; pensaba en sus sueños de gloria; sus planes de hacer fortuna que habian producido su ruina y que no los hubiera formado nunca si hubiera estado contento con lo que poseia.

Culpa mia es, si he perdido este corazon confiado; decia Edmundo suspirando profundamente: la he tratado muy mal y yo solo debo llevar el vituperio, mas sin embargo, si me amara como yo la amo, me hubiera perdonado esto mismo. Pero la cólera y los celos



Los coches de gran ceremonia de los birmanes.

sucedian al remordimiento y exclamaba: soy un insensato en afligirme por ella, no quiero tenerla mas en mi imaginación; quiero olvidarla como ella lo ha hecho. Una suerte brillante se me presenta, y nada me impide ahora aceptarla; en los placeres de la fortuna quiero perder el recuerdo de mi ingrata prima.

Llamaba ingrata á la que habia sacrificado por el todo lo que poseia; pero los celos nos hacen injustos aunque hay tambien muchos hombres en el mundo que son bastante ingratos sin necesidad de estar celosos.

Edmundo se dirigió inmediatamente á casa de Mr. Bringuesingue, y en el momento de verle le dijo sin preámbulo alguno: Mr. Bringuesingue, he pensado en ello y acepto la mano de vuestra hija; en el momento que queráis sere vuestro yerno.

—¡Ah! ya sabia yo que tenia que terminar así, mi querido amigo. Era imposible que rehusárais la mano de Clodora que ha recibido una educación tan esmerada y que un día tendrá una gran renta. Vos mereceis una buena reprensión por haber dudado un solo instante, pero puesto que os habeis decidido á ello toda reprensión es inútil, porque seria como echar mostaza sobre barina; pero ¿qué estoy diciendo? ese proyecto es tan vulgar, que no se me ha ocurrido. Quería decir; no sé qué queria decir. Dadme un abrazo yerno mio, y venid á abrazar á vuestra suegra y á vuestra futura esposa.

Edmundo se dejó conducir hacia la que habia de ser su mujer y al besar su mejilla,

lanzó un profundo suspiro acordándose de su prima. La imagen de Constanza le perseguía constantemente; parecia tenerla grabada en su alma y le acompañaba á todas partes; en vano trataba de echarla lejos de sí; su prima se presentaba siempre á su imaginación tan bella, tan agradable, tan amante. La recordaba como cuando su madre juntaba las manos de ambos diciendo: «esta es tu novia;» le parecia verla de rodillas delante de él conteniéndole la mano que iba á atentar contra su propia vida en un momento de desesperación.

—¡Oh! ¡que tesoro he perdido! exclamaba, ¡y cuán poco aprecio hacia yo de él cuando me creía seguro de poseerle!

Sin embargo á pesar de todas estas reflexiones, quince días despues de estas escenas, Clodora Bringuesingue era la esposa de monsieur Edmundo Guerval.

(Se continuará.)

#### LA RENDICION DE MÁLAGA.

Quando los Reyes Católicos arrojaban poco á poco de todas sus posiciones á los moros andaluces, la ciudad de Málaga les costó grandes esfuerzos. Aislada esta ciudad con la reciente ocupación de Velez (abril de 1487) y notoria la molición de sus habitantes, hubiera sido fácil ganarla si en su mismo seno no mantuviera un continuo elemento de guerra y de exterminio. No era otro que el inflexible Hamet el Zegrí con su ejército de negros y Gomerres.

«No era otro que el inflexible Hamet el Zegrí con su ejército de negros y Gomerres, salvados de las anteriores campañas y reforzados con nuevas cohortes recién venidas de Marruecos: agregábase á estas, segun Zurita, muchedumbre de renegados prosritos en Castilla.» La entereza del caudillo moro hacia presagiar desesperada defensa, por lo que anclaron las escuadras reales en la bahía, montáronse talleres, levantáronse almacenes de víveres y pertrechos, repartiéronse en oportunos parajes numerosas lombardas, y comenózase á fabricar pólvora y proyectiles en los mismos reales; necesario todo para un cerco largo. La reina Isabel, animosa siempre y siempre infatigable, se constituyó en el campamento, y recorriendo á caballo, seguida de sus damas, la línea de circunvalación, animaba á los combatientes, esperanzaba con la victoria un glorioso término de los afanes guerreros. Por fin, despues de retumbar sobre Málaga cien y cien veces los truenos de las lombardas, despues de varios asaltos en las brechas, y no pocas intrépidas salidas de los sitiados, cayendo los hombres á diestro y á siniestro con pavorosos lances de exterminio, se apoderaron los monarcas de la ciudad y del castillo de Gibralfaro.

#### LOS COCHES DE LOS BIRMANES.

Segun un viajero, los coches mas distinguidos en el imperio de los Birmanes, no consisten en otra cosa que en carretas de bueyes sobre las que se coloca alguna alfombra ó ta-



piz para evitar la dureza de los movimientos. Colócanse algunos toldos y á veces un quitasol para prevenir los caprichos del astro rey si declinase á su ocaso, y al pausado paso de dos ó mas bueyes se transita por las calles de la ciudad sin otros adornos. Las ruedas son sumamente sencillas, como las que usan en Europa en ciertos territorios montuosos, todas de madera y de una infancia del arte decidida. Si ocupan el carruaje algun personaje ó señoras distinguidas, es muy comun verlos seguidos de sus servidores ó de sus esclavas. Esta sencillez no obsta para que en otras costumbres se observe en el imperio de los Birmanes un lujo desmedido.

#### EL ARROYUELO Y LA FUENTE.

Era un arroyo tranquilo  
hijo de una fuente clara  
juguetoncillo y alegre  
y de cristalinas aguas.

Quejábese cierto día  
con amargura en el alma,  
de que nacían en su márgen  
cubierto de verde grama,  
en mas número las flores  
secas, amarillas y áridas,  
que aquellas que visten puras  
hojas de encendida grana,  
y que moran en su seno  
mariposillas pintadas,  
para beber el aroma  
que de su cáliz exhalan.

Quejoso de tanto daño  
sin explicarse la causa,  
con sencillez á la fuente  
dolorido preguntaba:

—¿Por qué será madre mía,  
que á la orilla de mis aguas,  
veo nacer con sentimiento  
y en mi espejo retratadas,  
mayor número de flores  
amarillas y sin gracias,  
que crecen y se duplican  
con virtud imaginaria,  
que aquellas otras hermosas  
puderosas y galanas,  
que tienen la frente erguida  
para que las bese el aura  
y si se inclinan al suelo  
parece ¡ay! que me hablan,  
y me dicen que las ame  
por que ellas á mi me aman?

Decidme, pues, madre mía,  
¿qué produce, esta desgracia?  
¿por qué iguales no son todas,  
y son en número tantas  
aquellas, que nada valen,  
y con furor se propagan?

Dió aquí un suspiro la fuente  
como si aquestas palabras  
la causaran un tormento  
en lo profundo del alma,  
y repuso al arroyuelo  
que con afán le escuchaba.

—Hijo mío, eso consiste  
que en la tierra desgraciada,  
es condicion que lo malo,  
á lo bueno sobre salga,  
porque la dicha completa  
está en el cielo guardada...!!!

Dijo la fuente; y su curso  
tendió por la verde grama,  
á la vez que el arroyuelo  
enturbó sus frescas aguas,  
murmurando entre su espuma  
estas palabras cortadas:

—Si en el cielo es donde existe  
sin dolores reservada  
únicamente la dicha,  
yo os juro madre del alma  
constantemente tener  
en él fija la mirada.

Dijo: y la rizada brisa  
desplegó sobre él sus alas  
mientras ufanas las aves,  
en su malfil se miraban.

MIGUEL GASQUE LLOPÍZ.

#### EL CIERVO.

(CONCLUSION.)

Luego que los ciervos han perdido los cuernos, se separan unos de otros, y no quedan juntos sino los jóvenes: se mantienen en los bosques, buscando los mejores sitios, los matorrales, los sotos nuevos y claros, donde permanecen todo el verano para recobrar sus cuernos; en este tiempo caminan con la cabeza baja por no tropezar en las ramas con los cuernos nuevos, que son delicados, hasta que han tomado su incremento; pero una vez adquirido y suficientemente endurecidos, los frotan contra los árboles para despojarles de la piel de que están revestidos, y como continúan este ejercicio muchos días consecutivos, se asegura que se tiñen del color de la savia del árbol contra el cual les refriegan. Este hecho no merece ningun crédito, porque habiendo tenido ciervos encerrados en parques donde no habia ningun árbol, y donde por consiguiente no podian estregarse contra ellos; sus cuernos estaban sin embargo, teñidos como los de los otros.

Poco tiempo despues que los ciervos han renovado y bruñido sus cuernos, empiezan á sentir las impresiones del amor: desde fines de agosto y principios de setiembre salen de los sotos, vuelven á los bosques, y empiezan á buscar las ciervas: braman con voz muy fuerte: el cuello y la garganta se les hinchán: andan inquietos y angustiados: atraviesan en medio del día las campiñas y las llanuras: andan como furiosos, corren de un país á otro hasta hallar sus hembras, á las cuales tienen necesidad de perseguir, estrechar y sujetar, pues al principio huyen del macho, y no le esperan hasta estar muy cansadas de su persecucion. Cuando dos ciervos se encuentran cerca de una hembra, riñen antes de obtener su posesion: si son de fuerza igual se amenazan, escarban la tierra, braman con voz terrible, y acometiéndose recíprocamente riñen á todo trance, y se dan con los candiles golpes tan fuertes, que á veces se hieren mortalmente. El combate se termina por la muerte ó la fuga de uno de los dos, y entonces el vencedor no pierde un instante en gozar de sus victorias y satisfacer sus deseos, á menos que sobrevenga otro competidor, en cuyo caso va á acometerle para hacerle huir como al primero. Los ciervos viejos son siempre los dueños, por mas fieros y atrevidos que sean los jóvenes, los cuales no osan acercarse á ellos ni á la cierva, y luego huyen con prontitud. Las ciervas dan la preferencia á los viejos, por mas valerosos que los jóvenes; son inconstantes y tienen á su disposicion muchas ciervas á un tiempo; pero cuando solo tienen una, no están mucho tiempo en su compañía: la conservan algunos días, luego se separan de ella y van á buscar otra, con la cual están menos tiempo; y asi pasan sucesivamente de unas á otras hasta que mueren.

Este furor dura solo unas tres semanas, en cuyo tiempo comen muy poco, y no duermen ni reposan: noche y día andan en pie caminando, corriendo, combatiendo y peleando; y salen de esta fatiga tan flacos y extenuados, que necesitan tiempo para recobrar y adquirir fuerzas. Con este objeto se retiran, por lo comun, á las orillas de las selvas mas cultivadas, en que pueden hallar pasto abundante hasta haberse restablecido. La brama en los ciervos viejos, empieza el 1.º de setiembre y finaliza hácia el 20: en los ciervos de diez candiles y en los diez candiles nuevos, á mediados de setiembre, y se acaba á principios de octubre: en los enodios ó nuevos desde 20 de setiembre hasta 15 de octubre; y á fines de este mismo mes solo quedan en celo los estaqueros, por ser los últimos que entraron en él. Las ciervas mas jóvenes son igualmente las últimas que entran en celo, el cual termina enteramente á principios de noviembre, en cuya época los ciervos son mas fáciles cazar por hallarse diseminados. En los años abundantes de bellota se restablecen en poco tiempo, por el buen alimento; y suele observarse, á fines de octu-

bre, un segundo celo que dura mucho menos que el primero.

Las ciervas que están preñadas ocho meses y algunos días, ordinariamente no paren mas que un cervato, rara vez dos: tienen gran cuidado en ocultar su hijo de la persecucion de los perros, dejándose dar caza ellas mismas por alejarlos del cervatillo, lo cual ejecutado vuelven á buscarle. No todas son fecundas, y hay algunas que nunca dan fruto: estas son mas corpulentas, y toman muchas mas carnes que las otras. Algunos dicen que las ciervas tienen cuernos como el macho, lo cual no es absolutamente inverosímil. En los primeros meses el cervato nunca deja á la madre, y aunque su incremento es bastante pronto, la sigue todo el verano. En invierno, las ciervas, los ciervos nuevos, los estaqueros, y los de diez candiles nuevos se juntan en manadas, tanto mas numerosas, cuanto es mas rígida la estacion. En la primavera se dividen: las ciervas se ocultan y en este tiempo casi no hay sino los estaqueros y los ciervos jóvenes que anden juntos. En general son propensos á vivir y á andar reunidos y solo el temor ó la necesidad los separa.

El ciervo se halla en estado de formar nueva familia á los diez y ocho meses, pues se ve á los que nacieron en la primavera del año precedente desarrollarse en el otoño; y debe presumirse que son ya fuertes, pues aunque pudiera hacerlo dudar el que estos ciervos no han adquirido aun sino cerca de la mitad, ó las dos terceras partes de su incremento, que crecen y engordan hasta la edad de ocho años, y que sus cuernos se van aumentando anualmente hasta la misma edad, es preciso no olvidar que el cervato que acaba de nacer se fortifica en poco tiempo: que su incremento es pronto en el primer año, y no se disminuye en el segundo; y que en él hay ya superabundancia de nutrimento, puesto que ha echado los mogotes, que es la señal mas cierta de haber llegado á su mejor época.

El ciervo pasa su vida en alternativas de plenitud y de inanicion, de gordura y de flaqueza y en cierto modo de salud, y de enfermedad, sin que estas alternativas tan notables alteren su constitucion, pues su vida es tan larga como las de los demás animales que no están sujetos á estas vicisitudes. El ciervo tarda cinco ó seis años en crecer, y vive tambien siete veces cinco ó seis años; esto es treinta y cinco ó cuarenta años: pues todo lo que se ha dicho sobre la vida larga de los ciervos, carece de fundamento, siendo una preocupacion popular que reinaba en tiempo de Aristóteles, y que este filósofo dice, con razon, que no le parecia verosímil, puesto que el tiempo de la gestacion y el del incremento del cervato, no dan ningun indicio de larga vida. Sin embargo de esta autoridad, que por sí sola debiera haber bastado para destruir aquella preocupacion, se ha renovado en los siglos de ignorancia, por una fábula que se forjó de un ciervo cogido por Carlos VI en el bosque de Senlis, el cual tenia un collar en que estaba escrito *Cæsar hoc me donavit*; y se quiso mas bien suponer mil años de vida á aquel animal, y atribuir la dádiva del collar á un emperador romano, que convenir en que aquel ciervo podia haber venido de Alemania, cuyos emperadores han tomado en todos tiempos el nombre de Cesar.

Los cuernos de los ciervos van siempre aumentando en grueso y en altura, desde el segundo hasta el octavo año de su vida, manteniéndose siempre hermosos, y casi siempre los mismos, durante el vigor de la edad; pero cuando llegan á viejos, tambien sus cuernos declinan. Es raro que nuestros ciervos tengan mas de 20 ó 25 candiles ó puntas, aun cuando sus cuernos se hallen en estado mas floreciente, y este número nada tiene de constante, pues suele acaecer que el mismo ciervo que en un año ha tenido cierto número de puntas, al año siguiente tiene mas ó menos, segun haya tenido mas ó menos alimento, y mas ó menos tranquilidad; y asi como el tamaño de los cuernos del ciervo depende de la abundancia ó escasez del alimento, asi tambien la calidad de los



mismos depende de la calidad de los alimentos, siendo, como la madera de los bosques, grandes, tiernos, y bastante ligeros en los países húmedos y fértiles, y por el contrario pequeños, duros y pesados en los secos y estériles.

Lo mismo debe decirse del tamaño y corpulencia de estos animales, que son muy diversos según los países en que habitan: los de las llanuras de los valles ó de las colinas abundantes en granos, tienen el cuerpo mucho mayor, y las piernas mas altas que los ciervos de las montañas secas, áridas y escabrosas: estos tienen el cuerpo bajo, corto y rehecho, y no pueden correr con tanta velocidad, pero aguantan mas que los primeros: son mas malignos y tienen el pelo mas largo entre los cuernos, que son ordinariamente bajos y negruzcos, al contrario de los ciervos de las llanuras que los tienen altos y de color claro y rojizo. Estos ciervos pequeños y rehechos casi no habitan en los bosques altos, y se mantienen por lo comun en los sotos, donde pueden sustraerse con mas facilidad á la persecucion de los perros: su grasa es mas fina y su carne de mejor gusto que la de los de las llanuras ó de los valles.

El pelo mas comun de los ciervos es el leonado, sin embargo se ven tambien muchos pardos y otros rojos: los blancos son mucho mas raros y creemos que estos son ciervos domesticados, aunque de tiempos muy antiguos, pues Aristóteles y Plinio hablan de ciervos blancos, que entonces eran mas comunes que ahora. El color de los cuernos igualmente que el del pelo, parece que dependen, en particular de la edad y de la naturaleza del animal, y en general de la impresion del aire, pues vemos que los jóvenes tienen los cuernos mas blanquecinos que los viejos: los de color leonado vivo los tienen ordinariamente rojos y los pardos señaladamente los que tienen pelo negro sobre el cuello, los tiene negros. Es verdad que lo interior del cuerno de todos los ciervos es casi igualmente blanco pero estos difieren mucho unos de otros en solidez, y en su textura mas ó menos apretada, habiendo algunos que son muy esponjosos, y en las cuales se suelen hallar tambien cavidades bastante grandes. Esta diferencia en la textura es suficiente para que puedan colorearse de diverso modo, y no hay necesidad de recurrir á la savia de los árboles para producir este efecto, pues vemos todos los dias el martil mas blanco ponerse amarillo ó pardo al aire, no obstante ser materia mucho mas compacta y menos porosa que la de los cuernos del ciervo.

La vista de este animal parece buena, su olfato exquisito, y su oído excelente. Cuando quiere oír, levanta la cabeza, endereza las orejas y oye de muy lejos: cuando sale de un soto, ó de algun otro paraje medio descubierto se detiene á mirar á todos lados, y luego busca el punto de donde viene el aire para oírle si hay alguien que pueda inquietarle. Su índole es bastante sencilla, y sin embargo, es curioso y astuto: cuando le silban ó le llaman de lejos se detiene al instante, y mira fijamente y con cierta especie de admiración los carruajes, el ganado y los hombres, y si estos no llevan armas ni perros, continúa caminando tranquilamente, con fiereza y sin huir. Parece que oye con placer la zampoña de los pastores, y los monteros suelen valerse de este artificio para asegurarle. En general teme mucho menos al hombre que á los perros, y no desconfía ni se vale de astucias, sino á medida que ha sido mas ó menos inquietado. Come lentamente y elige su alimento, y luego que ha pacido, procura reposar para rumiar despacio: pero parece que no lo ejecuta con la facilidad que el buey, pues no puede hacer subir á la boca la yerba contenida en su primer estómago sino por medio de una especie de sacudimiento y esfuerzo, efecto de la longitud y de la dirección del camino que debe correr el alimento. Cuanto mas viejo es, tanto mas fuerte es su voz, mas llena y mas temblona: la cierva tiene la voz mas delgada y débil, y no brama de amor sino de miedo. El ciervo brama de un modo espantoso en primavera, y entonces se halla tan fuera de sí, que

no se espanta ni inquieta de nada de suerte que se le puede sorprender fácilmente; y como en aquel tiempo está cargado de grasa, no puede resistir mucho tiempo á los perros, pero es peligroso cuando se halla ya sin recurso y próximo á rendirse, pues se arroja á ellos con una especie de furor. No bebe en invierno y aun menos en la primavera, pues le basta la yerba tierna y cargada de rocío; pero en los calores y sequedades del estío, vá á beber en los arroyos, en los charcos y en las fuentes; y en este tiempo se le ve con afán buscar agua por todas partes, no solo para apagar su sed ardiente, sino tambien para bañarse y refrescarse el cuerpo. Nada perfectamente, y con mas ligereza entonces que en cualquiera otro tiempo á causa de la grasa, cuyo volumen es mas ligero que otro igual de agua: se les ha visto atravesar grandes rios, y aun pretenden que llevados del amor de las ciervas, se arrojan al mar y pasan de una isla á otra, habiendo entre ellas muchas leguas de distancia: saltan aun con mas ligereza que nadan, pues cuando se ven perseguidos, salvan con facilidad una valla ó una empalizada de siete piés de alto. Su alimento es diverso según las diferentes estaciones: en el otoño buscan los tallos de los arbustos verdes, las flores de la jara, las hojas de las zarzas, etc.: en invierno, cuando nieva, pelan los árboles y se sustentan de cortezas, de musgo, etc.; y cuando el tiempo es benigno, van á pacer en los trigos: á principios de la primavera buscan el pericarpio en que está la semilla del álamo negro, de los sauces y de los avellanos, y las flores y los botones del cerezo silvestre, etc.; y en verano, aunque tienen en que escoger, prefieren el centeno á todos los demás granos, y el álamo negro á todas las demás maderas. La carne del cervato es buena de comer: la de la cierva, y la de los estaqueiros no es absolutamente mala; pero la de los ciervos tiene siempre un gusto fuerte y desagradable: lo mas útil de este animal son los cuernos y la piel, esta se adoba y se hace de ella un cuero flexible y duradero: los cuernos los emplean los cuchilleros, espaderos, etc.; y por medio de procedimientos químicos se sacan de ellos espíritus y álcalis de uso muy frecuentes en la medicina.

#### LA LEVA.

##### I.

Ves?.. La hermosa luz del dia como tu valor desmaya; deja ya la triste playa, no llores mas, hija mia.

—No puede escuchar consejos quien ve cada vez mas lejos, entre las olas perdida la esperanza de su vida.

¡Ay señor!

Ya no alcanzo en mi dolor á ver la nave en que vuela mi padre á servir al rey; su amor me roba la ley y la ley no me consuela.

##### II.

Y tu, mujer, con anhelo debes calmar sus dolores; tus gritos desgarradores aumentan su desconsuelo.

—Mi pobre niña inocente el amor perdido siente. Mas ya, ¿quien pondrá en mis manos su pan y el de sus hermanos?

¡Ay señor!

Que en mi profundo dolor presiento males prolijos; que en este afán angustioso, llores mas que por mi esposo por el padre de mis hijos.

##### III.

Anciana, con triste calma las inquietas olas miras;

tu no lloras ni suspiras... que es lo que has perdido?

El alma.

Era mi santo consuelo el hijo que me dió el cielo y el mundo me le arrebató con su ley que es ley que mata.

¡Ay señor!

Si es verdad que no hay amor como el de madre y ha muerto el hijo que yo tenia, juzgad de la pena mia cuando ni lágrimas vierto.

#### IV.

Hijas y padres y esposas ven para siempre perdidas aquellas prendas queridas con que vivieron dichosas. Y del sol con la luz pura espira ya su ventura, y es tumba su hogar desierto de la esperanza que ha muerto.

¡Ay, señor!

Pues la ley en su rigor los afectos no concilia, haz que los hombres se hermanen, porque al luchar no profanen el amor de la familia.

EDUARDO BUSTILLO.

#### CONOCIMIENTOS INDUSTRIALES.

##### EL ÁCIDO AZÓICO DEL COMERCIO.

M. Kuhlman, hijo, ha inventado un nuevo procedimiento para la fabricacion del ácido azóico del comercio.

El procedimiento á que nos referimos consiste en producir la reaccion del ácido de los cloruros de manganeso sobre azoatos de sosa, obteniendo por este medio cloruros de sodio y de ácido nítrico.

«Estos nuevos resultados, dice, consisten en la utilizacion simultánea de los dos principios constitutivos del cloruro de manganeso. He hecho patente, en virtud de numerosos experimentos, que la mayor parte de los cloruros descomponen los nitratos á una temperatura poco elevada, y que el ácido nítrico pasa con frecuencia al estado de ácido hyponítrico y de oxígeno sin que se obtenga produccion alguna de cloro, y teniendo cuidado no mas que de operar con materias secas.»

El aduimista árabe Geberr, á últimos del siglo VIII, habló el primero del ácido azóico, al que llamaba *agua disolvente*. Lo obtenia destilando una mezcla de vitriolo de Chipre, de nitro y de alumbre.

En el siglo XII Alberto el Grande describió de nuevo con suma precision la preparacion del *agua disolvente*; mas, impulsado por la mania, generalizada ya entre los sabios de aquella época, de cambiar á cada instante el nombre de las cosas, sin duda para embrollarlas mas, la bautizó con el de *agua prima* ó *agua filosófica en el primer grado de perfeccion*.

Lo mas importante fue sin duda el haber indicado al mismo tiempo las principales propiedades del *agua prima*, especialmente las de separar el oro de la plata y de oxidar los metales.

En el siglo XIII Raimundo Lullio, otro alquimista, dió al *agua disolvente* de Geberr y al *agua prima* de Alberto el Grande el título de *agua fuerte*, é inventó el *nitro dulcificado*, es decir, una mezcla de ácido azóico y de espíritu de vino, de la que se apasionó violentamente la medicina de la época.

El *nitro dulcificado* produjo tanto ruido, dió origen á tan acaloradas discusiones en favor y en contra de sus virtudes específicas, y con tal ocasion se repitió tantas veces el nombre de Raimundo Lullio con respeto ó con menosprecio, que se concluyó por considerar á aquel alquimista como el Cristóbal Colon del ácido azóico, cuando no era en rigor mas que su Américo Vespucio.

Bazile Valentin indicó en el siglo XV los medios de confeccionar el *agua fuerte* que la in-





Los ciervos.

dustria y las artes empleaban como disolvente. Sometía al efecto el nitró (azoto de potasa) á la acción del ácido sulfúrico concentrado bajo la influencia de cierta temperatura.

En el siglo XVIII recibió el agua fuerte los nombres de *espíritu de nitró*, *ácido de nitró* y *ácido nítrico*. Por aquel tiempo se obtenía destilando una mezcla de nitró y de arcilla, y hasta la época del químico Scheele, esto es, hasta 1774 se le confundía con otro ácido del *ázoe* (el *ácido hypoazóico*).

En 1784 Cavendish fijó las proporciones de los principios constitutivos del *ácido nítrico* (como se le llamaba entonces), y Lavoisier, perfeccionando el trabajo de Cavendish, dió á la misma sustancia el título de *ácido nítrico*, que no debía, como hemos visto, ser todavía el último que había de recibir.

Este ácido no existe en la naturaleza en estado de libertad; los compuestos salinos de que forma parte son muy poco numerosos puesto que no se conocen hasta ahora en la superficie de la tierra mas que los azoatos de cal, de magnesia, de potasa, de sosa y de amoníaco. Nace también en épocas tempestuosas bajo la influencia del rayo; por eso las lluvias arrastran de las altas regiones atmosféricas azoto de amoníaco y aun azoto de cal.

Este hecho nada tiene de extraordinario, puesto que Cavendish manifiesta que una serie de chispas eléctricas que comunican con una mezcla de oxígeno y de *ázoe* húmedos, da origen siempre á la producción de alguna cantidad de ácido azóico.

El ácido azóico ordinario, tomado en su estado de pureza, es un líquido incoloro, de olor desagradable y que despiden un ligero humo blanco al contacto del aire; es muy sávido, en extremo corrosivo, ataca profundamente los tejidos orgánicos, aun á la temperatura ordinaria, y colora de amarillo las materias animales. Concentrado, llega á ser á veces uno de los venenos mas violentos y una de las sustancias de su uso mas general en la industria y en las artes.

Se hiela bajo los 50 grados y entra en ebullición sobre los 86: exhala entonces vapores blancos ligeramente coloreados por un poco de ácido hypoazóico procedente de su composición parcial.

Al influjo del calor blanco se transforma por completo en oxígeno y en *ázoe*, al del calor rojo en oxígeno y en ácido hypoazóico.

La luz solar obra sobre él del mismo modo y le colora de amarillo.

El agua fuerte del comercio, conocida mas comunmente por *agua secunda*, es el ácido azóico con mezcla de agua y marcando 26 grados.

En fin, el ácido azóico cesa de humear al contacto del aire tan pronto como se le mezcla agua por la mitad de su peso.

Formado por elementos que tienen una fuerza de atracción muy débil, el ácido azóico se descompone bajo las menores influencias, y cede fácilmente el todo ó parte del oxígeno que sostiene á los cuerpos combustibles sobre los cuales se trata de producir una reacción. La mayor parte de esos cuerpos le descomponen aun á la temperatura ordinaria, oxigenándose á sus espensas. Despójase entonces del *ázoe* puro ó de los óxidos de *ázoe*.

Calentando ligeramente aquel ácido sobre el carbon, el azufre ó el fósforo, se obtienen vapores rojizos de ácido hypoazóico.

Si se dirige una corriente de gas ácido sulfuroso, al través de ese mismo ácido caliente, se cambia en ácido sulfúrico y produce abundosos vapores brillantes.

A cada instante se utiliza esa acción oxigenante del ácido azóico para preparar muchos compuestos diversos, atacar, disolver ó solamente limpiar los metales, hacer la comprobación de las monedas, grabar en cobre y en acero y dorar el latón. Con su ayuda los sombrereros disuelven el mercurio destinado á preparar el fieltro de los sombreros; los polvoristas reducen el algodón á polvo en extremo combustible; los impresores de tejidos tiñen los pañuelos de seda de color amarillo ó naranja, y coloran los bordes de las piezas de paño.

La fabricación del ácido sulfúrico, del ácido oxálico, del precipitado rojo, la de los cebos fulminantes, el ensayo de aceites etc., consumen todavía enormes cantidades de ácido azóico. Cálculase próximamente en 5.000.000 de kilogramos la cantidad de aquella sustancia que se demanda cada año á las fábricas francesas de productos químicos tan solo para la industria de aquella nación.

## BIBLIOGRAFIA.

CASPAR Y ROIG, EDITORES.

## ATLAS GEOGRAFICO DE ESPAÑA,

ISLAS ADYACENTES

Y POSESIONES ESPAÑOLAS DE ULTRAMAR.

Coleccion de mapas grabados en acero, contruidos por don Martin Ferreiro.

La coleccion de mapas de las posesiones de España y de Ultramar é islas adyacentes constará de 56 mapas, estampados en excelente papel perfectamente iluminados.

Se reparte un mapa cada semana. Precio por suscripcion de cada mapa diez cuartos en Madrid y doce en provincias; Cuba y Puerto Rico y demás puntos de América y extranjero, á dos reales. Para los que no sean suscritores, los mapas se venderán por toda España á dos reales indistintamente.

Al final de la obra se dará gratis á los suscritores una bonita cubierta.

El primer mapa que se ha publicado, y se halla de muestra en los puntos de suscripcion, es el de la provincia de Salamanca.

## EL GRAN CAPITAN,

NOVELA HISTÓRICA

POR DON TORCUATO TARRAGO Y MATEOS.

Edicion ilustrada con magníficas láminas sueltas.

Esta obra se repartirá por entregas y se compondrá de unas 40 que formarán un tomo.

Cada entrega constará de dos pliegos de impresion de ocho páginas cada uno con su cubierta. En cada cuatro entregas se repartirá á mas gratis una magnífica lámina suelta y al final una bonita cubierta de tomo:

A real la entrega en Madrid y real y cuartillo en provincias franco el porte.

Se suscribe en casa de los corresponsales de los editores, ó mandando libranzas ó sellos de correo por valor de ocho entregas adelantadas.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Extranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.